

Capacitación Ministerial Tutoría Individual por Internet

La Predicación del Evangelio en el Mundo del Pluralismo

Sesión 5– El Nuevo Testamento y el
Pluralismo Religioso



<http://eytec.org/services.html>

Instructor
José Pacheco

jospacheco@aol.com

816-719-0962

Sesión 5

El Nuevo Testamento y el Pluralismo Religioso

Bosquejo de la Sesión

Respuesta de los Escritores del Nuevo Testamento al Pluralismo Religioso
Respuesta a la Acusación de que la Fe Cristiana Ortodoxa es Opresiva
Justificación por fe
Aplicación
Examen
Guía de Discusión para el Instructor y el Participante

Objetivos de Aprendizaje

Al final de esta sesión, usted podrá:

- Discutir cómo las escrituras del Nuevo Testamento respondieron al pluralismo religioso caracterizado en el primer siglo de la sociedad greco romana
- Entender y discutir el reto del Nuevo Testamento de la proclamación de Cristo que le presentaba el pluralismo religioso greco romano
- Obtener un entendimiento claro del evangelio que proclamaba la iglesia del primer siglo
- Empezar a ver cómo la fe cristiana ortodoxa, basada en el Nuevo Testamento, responde a la acusación de que el evangelio de Jesucristo es “opresivo” con referencia a las otras religiones.

Introducción

Numerosos libros en el Nuevo Testamento se refieren a un medio ambiente amplio cultural cargado con opciones religiosas. En esta atmósfera la joven iglesia fue llamada a proclamar que “Dios estaba en Cristo reconciliando consigo al mundo” (2 Corintios 5:19). Él nos dio a conocer el misterio de su voluntad, según se beneplácito, el cual se había

propuesto en sí mismo, de reunir todas las cosas en Cristo, en el cumplimiento de los tiempos establecidos, así las que están en los cielos como las que están en la tierra” (Efesios 1:9-10).

El libro de los Hechos y las cartas especialmente, revelan que en el mundo greco romano había muchos” así llamados dioses en el cielo o en la tierra” (1 Corintios 8:5). Lucas nos dice que cuando el apóstol Pablo entró en la ciudad de Atenas, “vio que la ciudad estaba llena de ídolos”. Pablo aun había visto un altar con la inscripción “al dios no conocido” (Hechos 17:16-23).

En Éfeso, la predicación de Pablo provocó una revuelta. Era tanta la gente que estaba dejando la adoración de los ídolos hechos con manos humanas que el comercio de ellos en el templo de Artemisa, y la venta de los altares de plata dedicados a ella, era amenazado. De acuerdo con uno de los plateros –Demetrio– cuyo negocio era amenazado, Pablo había predicado que “los dioses hechos con manos no son dioses” (Hechos 19:23-27). En nombre del Alfa y la Omega, Juan de Patmos valerosamente confrontaba el reclamo del emperador de su deidad, hablando mejor de “el Dios Señor que es, y que era y que ha de venir, el Todopoderoso” (Apocalipsis 1:8).

Esta lección –el módulo completo– procede bajo la convicción de que el Nuevo Testamento tiene que ser nuestra medida si tenemos la esperanza de hablar en los términos “cristianos” relacionados con Cristo y las otras religiones. Sin equivocación, y manteniendo la fe cristiana histórica, la Iglesia del Nazareno confiesa a Cristo de ser “el pan vivo que descendió del cielo; si alguien come de este pan vivirá para siempre” y que es la Palabra de Dios “que se hizo carne y vivió entre nosotros y que vimos su gloria, la gloria como la del unigénito del Padre” (Juan 6:51; 1:14).

La declaración que sigue es del libro *El mito de Dios encarnado*, editado por John Hick, un libro de gran influencia en el debate del pluralismo religioso. El libro niega la encarnación de Dios en Cristo que afirma el Nuevo Testamento, y por lo tanto prepara el escenario para una forma de responder al pluralismo religioso. ¿Permitirá el Nuevo Testamento la solución de Hick?

Los cristianos de la iglesia en sus comienzos vivían en un

mundo en el cual las causas sobrenaturales eran aceptadas sin cuestionarlas, y los visitantes divinos o espirituales no eran inesperados. Tales asunciones, sin embargo, han venido a ser extrañas en nuestra situación. En el mundo occidental, tanto la cultura popular como la cultura de la inteligencia ha venido a ser dominada por las ciencias humanas y naturales a tal extremo que las causas sobrenaturales o la intervención en los asuntos de este mundo han venido a ser, para la mayoría de la gente, simplemente increíbles.

El Nuevo Testamento y el Pluralismo Religioso

Notas

Respuesta de los Escritores del Nuevo Testamento al Pluralismo Religioso

¿Cómo respondieron los escritores del Nuevo Testamento a la pluralidad de deidades y religiones a las cuales se enfrentaron? ¿Trataron de tallar un espacio para Jesús como “el último en llegar” en una comunidad religiosa ya amotinada? ¿Trabajaron para mostrar al mundo greco romano como Él podía ser hecho un residente de respeto y acomodador? ¿O trataron de identificar a Jesús con una de las deidades existentes, y así comenzarlo familiarizándolo rápidamente y haciéndolo más fácil de ser aceptado? Finalmente, tal vez para extinguir la menor ofensiva, podían haber hecho lo que algunos en Colosas querían hacer: tratar a Jesús como uno de los componentes en la multitud de deidades, el complemento completo del cual constituiría la plenitud de Dios.

Nada de esto sucedió. Desde Mateo hasta Apocalipsis, los autores del Nuevo Testamento, cada uno en su forma distintiva, declaró que el Dios que creó los cielos y la tierra ha actuado decisiva y finalmente en la vida, muerte y resurrección de Jesucristo para redimir al mundo. En Él, el Reino de Dios ha sido inaugurado, está siendo realizado, y ha de ser consumado. En Cristo, todas las promesas del Dios de Israel, para toda la humanidad, y para la creación, están siendo cumplidas.

¡Él es el “Sí” de Dios! (2 Corintios 1:15-22). Cristo es en su persona la historia de Dios. Desde el principio hasta el final del Nuevo Testamento, Cristo sólo, a través del poder del Espíritu Santo, es afirmado como el apocalipsis, la revelación, de Dios. No solamente el Nuevo Testamento declara que Cristo es la manifestación de Dios, sino que Él es también la historia misma de la humanidad y de toda la creación. Él revela la verdad de Dios en ambos sentidos. El apóstol Pablo nos dice que el plan de Dios para la plenitud del tiempo había sido preparado en Jesucristo. Él es, declara Pablo, la nueva y verdadera humanidad (Romanos 5:15-21).

La creación también algún día, a través de Cristo, “obtendrá la libertad gloriosa de los hijos de Dios” (Romanos 8:21). Lo que el Nuevo Testamento declara con relación a la obra y persona comprensiva de Cristo es inequívoco. A través de Cristo, el Padre está uniendo todas las cosas en el cielo y todas las cosas en la tierra (Efesios 1:9-10).

El apóstol Pedro dijo que él había sido testigo ocular de la majestad del

Notas

Señor Jesucristo. Él estaba presente cuando el Señor “recibió honor y gloria de Dios el Padre”. Pedro había estado en el Monte de la Transfiguración cuando el Dios de Israel dijo: “Este es mi Hijo amado, en el cual tengo complacencia” (2 Pedro 1:17). En el Hijo de Dios, la gran confesión de Israel continúa segura: “Oye, Israel: Jehová nuestro Dios, Jehová uno es. Amarás a Jehová, tu Dios, de todo tu corazón, de toda tu alma, y con todas tus fuerzas” (Deuteronomio 6:4-5) Este Dios encarnado en Jesús de Nazaret, sella el estatus de todos los así llamados dioses. Sus medidas han sido tomadas y su tiempo es corto. Este es el testimonio claro del Nuevo Testamento.

La Universalidad del Evangelio

El Nuevo Testamento afirma la “singularidad del evangelio” de Dios. Esto quiere decir que “la relación de Dios hacia, y su propósito para, las naciones y toda la creación es determinada exclusivamente por, y a través de la sanidad cósmica y escatológica de Dios en la cruz y la resurrección de Jesucristo y con el derramamiento del Espíritu Santo”. Todos los demás principios cósmicos –*stoichelon tou kosmou*– incluyendo la Torah, son descartados como proveedores de la relación de Dios con la humanidad y con el mundo.

El Nuevo Testamento contradice las aseveraciones de los historicistas y posmodernistas de que los humanos han creado todas las narrativas religiosas. El Nuevo Testamento declara que Jesucristo es la acción de Dios en la historia, no la acción de la humanidad. Su énfasis no está, primero que nada, sobre la respuesta humana. Su énfasis primordial está en la acción de Dios. Dios ha actuado en Cristo para liberar la humanidad, las naciones, y toda la creación del poder esclavizador que se antepone a los propósitos de Dios.

El Evangelio es Primeramente una Declaración Acerca de Dios y sus Hechos.

Muchos estamos acostumbrados a hablar del evangelio como si fueran noticias relacionadas con la humanidad. Verdaderamente el evangelio es buenas nuevas para todas las personas. Tiene el poder para reconciliar a las personas con Dios, con ellos mismos, y con los demás, y con la creación de Dios. El evangelio de Dios toma la medida del quebrantamiento de la humanidad en todas sus formas, y trae sanidad a todas las naciones (Apocalipsis 22:2).

Para los wesleyanos, al igual que para muchos otros cristianos, el evangelio de Dios logra nada menos que una nueva creación. Transforma todas las dimensiones de la vida humana, tanto personal como social. Pero el evangelio es “buenas noticias” primero, porque son buenas noticias

Notas

acerca de Dios, y acerca de lo que Él ha logrado y está logrando, en Cristo. El debate entre Jesús y los fariseos y los escribas en Lucas 21 es todo acerca de lo que Dios es. Los “cobradores de impuestos y los pecadores” se apegaron a cada una de las palabras de Jesús porque él les presentaba unas palabras de Dios que no habían escuchado; ciertamente no de los fariseos ni de los escribas. Él es un Dios quien, en vez de dejar que los perdidos continúen perdidos, sale durante la noche para encontrarlos. Diligentemente los busca, y luego “se los pone sobre sus hombros”, o les pone un vestido sobre sus hombros descarriados –todo porque los ama y busca reconciliarse con ellos. Maravilla de maravillas, a favor de los perdidos, se hace a sí mismo vulnerable –saliendo durante la noche. Finalmente, está tan contento que cuando los perdidos regresan al hogar, lo celebra en grande en el cielo. El evangelio es buenas nuevas para nosotros porque son buenas nuevas acerca de Dios.

Aquellos que salen a dar buen testimonio del evangelio deben asegurarse que lo hacen propiamente. Empezamos con Dios, con la historia de que Él está a favor nuestro y con nosotros, y a favor de la creación. Empezamos con sus propósitos, sus promesas, y el cumplimiento de ellas en Jesucristo. ¿Es la condición humana digna de ser considerada? ¡Claro que sí! Pero ella no se define a sí misma. Una de las responsabilidades principales del ministro cristiano es asegurarse de que la forma que presenta el evangelio cumple con las medidas verdaderas y sus diseños, no que el “evangelio” es formado por una cultura, interés del consumidor, agendas nacionales, privilegios de clases o géneros, o poder político. De otra manera, el “evangelio” sería vaciado del poder de Dios.

Empezamos con los hechos de Dios porque si no, podemos, en la atmósfera pluralista corriente, ser tentados a reducir el evangelio a una historia religiosa entre las muchas, tratarla como una visión religiosa construida socialmente la cual puede ser puesta cortésmente en el catálogo de las narrativas religiosas. Esto es lo que le pasó a John Hick como fue anotado en el “pensamiento motivador”. Siendo dirigido por el modernismo, Hick concluyó que la encarnación es un mito”. Las causas sobrenaturales o la intervención en los asuntos de este mundo han venido a ser, para la mayoría de la gente, simplemente increíbles”.

Los ministros cristianos son llamados a ser “reporteros” y no “autores”. La iglesia se enfrenta a muchas tentaciones para hacer de la humanidad –intereses humanos, instituciones, y la cultura– la medida para el evangelio de Dios. Claro, el evangelio considera todo esto. Pero no encuentra sus orígenes o comienza su definición con ninguno de ellos.

¿Quién es Este Dios?

¿Quién es este Dios del cual habla el evangelio? Es el Dios de quien el

Antiguo Testamento da testimonio –Jehová. Él es el único Dios por cuya palabra el mundo y todo lo que hay existe. Él es el Dios de Abraham, Isaac, Jacob, y José. Es quien a través de sus profetas hizo grandes promesas de salvación para su pueblo. Ahora, se ha revelado – *apocalipsis*– a sí mismo en Jesús de Nazaret.

Después que el Espíritu Santo soltó la lengua de Zacarías, el padre del Juan el Bautista, él exclamó: “Bendito el Señor Dios de Israel, que ha visitado y redimido a su pueblo, y nos levantó un poderoso Salvador en la casa de David su siervo-como habló por la boca de sus santos profetas que fueron desde el principio- salvación de nuestros enemigos y de la mano de todos los que nos odiaron para hacer misericordia con nuestros padres y acordarse de su santo pacto” (Lucas 1:67-72).

El Dios que promete, quien es fiel a sí mismo, ahora ha cumplido sus promesas, no a través de otro profeta, sino a través de su Hijo, el unigénito del Padre (Romanos 15:8; Gálatas. 3:15-18; Hebreos 10:23). La magnitud de lo que Dios ha logrado en Jesucristo debe ser mencionado en términos de una nueva creación. Pablo dice: “Si alguno está en Cristo, nueva criatura es” 2 Corintios 5:17). La acción decisiva del Padre a través de su Hijo ha abierto espacio en el mundo y tal espacio es una nueva creación. Douglas Harink dice: “La nueva creación es en primer lugar Jesucristo mismo. En segundo, es el mismo universo liberado de las fuerzas que lo esclavizaban a través de la crucifixión. Es a través de los discípulos de Cristo que participaron en su muerte y resurrección a través del bautismo para pertenecer a la iglesia, y vivir en el Espíritu a través de la lealtad de un cristiano hacia los demás”.

En Gálatas, Pablo dice: “Lejos esté de mí gloriarme , sino en la cruz de nuestro Señor Jesucristo, por quien el mundo ha sido crucificado para mí y yo para el mundo, porque en Cristo Jesús, ni la circuncisión vale nada ni la incircuncisión, sino la nueva criatura” (Gálatas 6:14-15). El amanecer de la nueva creación ocurrió en la crucifixión de Cristo. Hay dos clases diferentes de mundos: el mundo antiguo y la nueva creación.

El Fin de las Religiones no Cristianas

En vez de que Cristo encuentre su lugar entre las religiones del mundo, el Nuevo Testamento declara que en los propósitos de Dios todos los demás caminos hacia Dios algún día han de terminar. Aun cuando las religiones no cristianas, en alguna forma, han servido para que la gente cobre conciencia de Dios (Hechos 14:8-18), ellas se entregarán al Rey de reyes y Señor y Señor de señores.

En anticipación de la revelación en Jesucristo, Dios ha estado presente en el mundo, proveyendo a la humanidad y a las naciones el conocimiento

preliminar de Él mismo. Él ha usado muchos vehículos –la Torah, la creación, la filosofía, la cultura, y la religión– con estos propósitos. La ley, como ejemplo, era *paia dogogos* –un maestro, un celador– para traer a las personas a la fe en Cristo (Gálatas 3:23-25).

En Listra, Pablo usa la adoración de los ciudadanos de Zeus como una forma para introducirlos al “Dios vivo, quien hizo los cielos y la tierra y el mar y todo lo que hay en ellos”. Dios no “se ha quedado sin testigos en el hacer el bien –dándole la lluvia del cielo y los tiempos fructíferos, y abasteciéndolos con alimentos y sus corazones con gozo” (Hechos 14:15,16).

En Atenas Pablo usó la filosofía de los estoicos y los epicúreos como una apertura para proclamar: “El Dios que hizo el mundo y todas las cosas que en él hay, siendo el Señor del cielo y de la tierra, no habita en templos hecho por manos humanas ni es honrado por manos de hombre, como si necesitara de algo, pues él es quien da a todos vida, aliento y todas las cosas. Pero Dios habiendo pasado por alto los tiempos de esta ignorancia, ahora manda a todos los hombres en todo lugar, que se arrepientan ; por cuanto ha establecido un día en el cual juzgará al mundo con justicia, por aquel varón a quien designó, acreditándolo ante todos al haberle levantado de entre los muertos” (Hechos 17:24, 30-31).

En su revelación del Padre, el Hijo ha sido fiel sin vacilar, aun hasta la muerte en la cruz. Él “siendo en forma de Dios, no estimó el ser igual a Dios como cosa a que aferrarse, sino que se despojó a sí mismo, tomó la forma de siervo y se hizo semejante a los hombres. Más aun, hallándose en la condición de hombre se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte y muerte de Cruz. Por eso Dios también lo exaltó sobre todas las cosas y le dio un nombre que es sobre todo nombre, para que en el nombre de Jesús se doble toda rodilla de los que están en los cielos, en la tierra y debajo de la tierra, y toda lengua confiese que Jesucristo es el Señor, para gloria de Dios Padre” (Filipenses 2:9-11).

El apóstol Pablo presenta un bosquejo de los propósitos de Dios en su Hijo: “Luego viene el fin, cuando entregue el Reino al Dios Padre, cuando haya suprimido todo dominio, toda autoridad y todo poder. Preciso es que él reine hasta que haya puesto a todos sus enemigos debajo de sus pies. Y el postrer enemigo que será destruido es la muerte” (1 Corintios 15:24-26).

Lo que dice Douglas Harink acerca del anuncio en el libro a los Gálatas es verdadero para todo el Nuevo Testamento. “Lo que ocurre en la historia de Jesucristo es insuperable –y que no se puede superar; no hay realidad, ninguna figura mítica, no sistema, no marco de trabajo, idea, ni ninguna otra cosa que trascienda la realidad de Jesucristo, porque, en el sentido más fuerte posible, las acciones de Dios y la historia de Jesucristo son

Notas

ambas, una y singular”.

Notas

Respuesta a la Acusación de que la fe del Cristianismo Ortodoxo es Opresiva

Como vimos en la lección previa, en el clima posmoderno aquellos que piensan que sus narrativas religiosas deben ser la norma para todas las personas y quienes no reconocen que todas las narrativas religiosas son hechas auténticas solamente por aquellos que las abrazan, son los “opresores”. Usan erróneamente su propia visión religiosa, en forma parroquial que ellos mismos no reconocen, para imponer sobre las demás. La totalidad es un término usado muchas veces para describir tal opresión. Simplemente significa que la religión o cultura de uno tiene el mensaje “total” para los demás. Reclama tener el conocimiento “total” con el cual todas las personas deben cumplir. En el clima del posmodernismo, “totalidad” es juzgado como explotador. Debe ser condenado.

Por tal medida, lo que esta lección ha presentado en relación con la certidumbre del evangelio parece calificar como “opresivo”, “totalizador”. No podemos tomar esta acusación a la ligera. Una religión que se presenta a sí misma al mundo como coercitiva, amenazadora, opresiva, y como instrumento de injusticia ha de ser y debe ser juzgada maligna, incluyendo el cristianismo.

Pero Douglas Harink advierte que quienes quieren quitarle a la fe cristiana cualquier cosa que pueda causar a alguien considerarla con una caracterización como totalizadora lo ha de hacer sin tomar en cuenta la fidelidad al Nuevo Testamento. “Juicios discriminatorios, definiciones, y diferenciaciones, aun reclamos de ‘totalización’, son intrínsecos a la gramática de la teología del apocalipsis (revelación)”. Si Harink está en lo correcto y el contenido de esta lección lo apoya, entonces parece ser cierto que cierta medida de ofensiva en contra del énfasis del posmodernismo sobre “muchas narrativas” no se puede evitar.

En sus días, el apóstol Pablo tuvo que hacer una decisión entre abrazar la sabiduría y el poder de Dios como se manifestó en la cruz, y aparecer ante los judíos y los griegos como alguien dado a la “locura”. Con todo su ser, él escogió esto. “Los judíos piden señales y los griegos buscan sabiduría, pero nosotros predicamos a Cristo crucificado, para los judíos ciertamente tropezadero y para los gentiles locura. En cambio para los llamados, tanto judíos como griegos, Cristo es poder y sabiduría de Dios” (1 Corintios 1:22-24).

Puesto que esto no es negociable, seguimos confrontando la pregunta en

cuanto a cómo proclamar a Cristo. Hay formas de proclamarlo que representan mal y ponen en vergüenza el evangelio, volteándolo en lo que a algunos les suena como malas noticias. Todas las personas en todas partes deben, en defensa de la justicia, la dignidad humana, y la decencia, oponerse a toda forma de proclamación que sea para explotar, para poner trampas, coercitivas y destructoras. El apóstol Pablo así lo hizo (2 Corintios 4:1-6), y así también debemos hacerlo nosotros. Las personas deben escuchar el evangelio para ser sanados, no maltratados.

El Apocalipsis provee un resumen de lo que los escritores del Nuevo Testamento han dicho acerca de Cristo. Sus temas se han proclamado en todo el Nuevo Testamento de una u otra forma.

- Dios es el Dios santo y trascendente. En Él descansan todas las cosas en el cielo y en la tierra. Es el Creador (Apocalipsis 4:11) que hace todas las cosas nuevas. Dios, no las potencias humanas o malignas o demoníacas, gobierna el mundo. Dios es soberano. Dirige el curso de la historia hacia su triunfo final sobre el mal.
- El libro de Apocalipsis es un mensaje de esperanza. La victoria final es asunto de esperanza y expectativa. La esperanza cristiana está basada en la victoria decisiva que ya se ha ganado mediante la muerte y resurrección de Jesús. Es el Cordero que fue sacrificado, pero que vive para siempre y gobierna el universo al lado de Dios el Padre.
- La adoración, la obediencia y la honra son las formas apropiadas de responder a Dios y al Cordero.

Justificación por la fe
Sermón 5 de Juan Wesley
Texto de la edición de 1872

“Mas al que no obra, pero cree en aquel que justifica al impío, la fe le es contada por justicia” (Romanos 4:5).

1. De qué manera el pecador ha de justificarse ante Dios, el Supremo Juez, es un asunto de tremenda importancia para todos los hombres. Contiene la base de toda nuestra esperanza, puesto que mientras estemos en enemistad con Dios, no podrá haber verdadero paz ni verdadero gozo en esta vida o en la eternidad. ¿Qué paz puede existir cuando la voz de la propia conciencia continuamente nos está acusando, y mucho más Aquel que es mayor que nuestro corazón y que sabe todas las cosas? ¿Qué felicidad puede haber ya en esta vida, ya en la otra, mientras la ira de Dios permanece en nosotros?

2. Y sin embargo, cuán pocos entienden esta cuestión tan importante. ¡Qué ideas tan confusas tienen alguno respecto a este asunto! A la verdad, no

sólo confusas, sino a menudo erróneas y tan contrarias a la verdad como la luz lo es a las tinieblas; nociones absolutamente opuestas a los Oráculos de Dios y a toda la analogía de la fe. Así es que, echando una base falsa, no pueden edificar después; ciertamente no con “oro, plata o piedras preciosas” que resistieran la prueba del fuego, sino sólo con “paja hojarasca” que no son aceptables a Dios ni útiles a los hombres.

1. A fin de hacer justicia, en cuanto a mí depende, al asunto de gran importancia que vamos a tratar; de evitar que aquellos que con toda sinceridad buscan la verdad, se distraigan con vanas pláticas; de aclarar la confusión de ideas que abruma las mentes de algunos, y de presentar grandes verdades y concepciones de este gran misterio de la santidad, me esforzare en demostrar:
Primero: La base general de la doctrina de la justificación.
Segundo: ¿Qué cosa es justificación?
Tercero: ¿Quiénes son los justificados?
Cuarto: Bajo qué condiciones son justificados.

I.

En primer lugar, debe presentar la base general de esta doctrina de la justificación.

1. El hombre fue creado a imagen y semejanza de Dios, santo como Aquel que lo creó es santo; misericordioso como el Creador de todas las cosas es misericordioso; perfecto como su Padre que está en los cielos es perfecto. Así como Dios es amor, el hombre también existiendo en amor, existió en Dios y Dios en él. Dios lo creó para que fuese una “imagen de su eternidad”, una semejanza incorruptible de la gloria de Dios. Era por consiguiente, puro como Dios es puro; limpio de toda mácula de pecado. No conocía el pecado en ningún grado o manera, sino que estaba interior y exteriormente limpio y libre de pecado, amaba al Señor su Dios con todo su corazón, y con toda su alma, y con todo su entendimiento.
2. Siendo el hombre justo y perfecto, Dios le dio una ley perfecta, la que por su naturaleza requería perfecta obediencia en todas las cosas, y sin la menor interrupción dese el momento en que Adán empezó a ser un alma viviente hasta que su prueba concluyese. No había disculpa por ninguna falta, ni podía haberla, pues siendo el hombre competente para desempeñar lo que de él se exigía, tenía la habilidad de llevar a cabo toda buena obra.
3. Pareció bien a Dios, en su infinita sabiduría, añadir a la ley del amor que estaba grabada en el corazón del hombre (contra la cual éste tal vez no podía pecar directamente) otra ley positiva: “Mas del fruto del árbol que está en medio del huerto... no comeréis de él” y añadió la pena que

traería la desobediencia: “Porque el día que de él comieres”, dijo Dios, “morirás”.

4. Talera, pues, el estado del hombre en el paraíso. Debido al amor infinito y no merecido que Dios le profesaba, era puro y feliz; conocía y amaba a Dios teniendo comunión con Él, lo que en sustancia constituye la vida eterna. Debería continuar para siempre en esta vida de amor si obedecía a Dios en todo y por todo; pero si lo desobedecía en alguna cosa, lo perdería todo”. “El día que de él comieres”, dijo Dios, “morirás”.

5. El hombre desobedeció a Dios; comió del árbol del cual Dios le había mandado diciendo: “No comerás de él”, y ese día fue condenado por el justo juicio de Dios. La sentencia que se había anunciado comenzó a cumplirse. En el momento que probó el fruto, murió. Su alma murió, puesto que quedó separada de Dios, y el alma separada de Dios no tiene más vida que el cuerpo separado del alma. Su cuerpo así mismo, se volvió corruptible y mortal; de manera que la muerte se posesionó también de esta parte del hombre y estando ya muerto en espíritu, muerto para con Dios, muerto en pecado, se apresuraba hacia la muerte eterna; a la destrucción del cuerpo y del alma en el fuego que nunca se apagará.

1. Así, “por un hombre entró el pecado en el mundo y por el pecado la muerte, y la muerte pasó a todos los hombres que estaban contenidas en él, pues fue el padre y representante de todos nosotros. Así pues, por la ofensa de uno, todos están muertos, muertos para con Dios, muertos en pecado, habitando en cuerpos mortales y corruptibles, que pronto se han de disolver y bajo de sentencia de muerte eterna, “porque como por la desobediencia de un hombre, los muchos fueron constituidos pecadores”, así por esa ofensa de uno, vino la culpa a todos los hombres para condenación (Romanos 5:12).

7

En esta condición se encontraba toda la raza humana cuando “de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna”. Cuando se llegó el cumplimiento del tiempo, fue hecho Hombre, segundo Padre universal representante de la raza humana y como tal, “llevó nuestras enfermedades”, y “Jehová cargó en él el pecado de todos nosotros”. “Fue herido por nuestras rebeliones, molido por nuestros pecados”. El castigo de nuestra paz fue sobre él: Derramó su sangre por los transgresores, y llevó nuestros pecados al madero, para que por la oblación de sí mismo una vez ofrecida, el género humano quedase redimido, habiendo hecho “un sacrificio, oblación y satisfacción entera perfecta y suficiente por los pecados de todo el mundo”.

8. Debido pues a que el Hijo de Dios “ha probado la muerte por todos los hombres”, Dios, “reconcilió el mundo a sí, no imputándole sus pecados “pasados”. Así que, de la manera que por un delito vino la culpa a todos los hombres, para condenación, así por la justicia vino la gracia a todos los hombres para justificación”. De manera que, por amor de su amado Hijo, por lo que ha hecho y sufrido por nosotros, Dios ahora promete perdonarnos el castigo que nuestros pecados merecen, volvernos su gracia, y dar a nuestras almas muertas la vida espiritual perdida como arras de la vida eterna, bajo una sola condición en el cumplimiento de la cual Él mismo nos ayuda.

9. Esta es pues la base general de la doctrina de la justificación. Por el pecado del primer Adán, quien era no sólo el padre, sino el representante de la raza humana, perdimos todos, el favor de Dios; nos convertimos en hijos de la ira, o, como dice el apóstol: “vino la culpa a todos los hombres para condenación”. De la misma manera, por medio del sacrificio por el pecado que el segundo Adán ofreció, como representante de todos nosotros, Dios se reconcilió a todo el mundo de tal modo que le dio un nuevo pacto. Una vez cumplida la condición de éste, ya no hay condenación para los que están en Cristo Jesús, sino que estando justificados por su gracia, somos hechos herederos según la esperanza de la vida eterna.

II

1. Pero, ¿Qué cosa es ser justificado? ¿Qué cosa es la justificación? Esta es la segunda proposición que prometí desarrollar. De lo anteriormente expuesto se desprende que no significa ser justo o recto literalmente; eso sería santificación, que indudablemente es, hasta cierto grado, el fruto inmediato de la justificación, pero no obstante, un don de Dios distinto y de diferente naturaleza. La justificación significa lo que por medio de su Hijo, Dios ha hecho por nosotros. La santificación es la obra que lleva a cabo en nosotros por el medio del Espíritu Santo. De manera es que, si bien el sentido lato en que algunas veces se usan las palabras justificado o justificación, implica la santificación; por lo general Pablo y los demás escritores inspirados la distinguen una de la otra en el uso general.

2. No se puede probar con las Sagradas Escrituras esa doctrina forzada de que la justificación nos libra de toda acusación, especialmente de la que Satanás hace en nuestra contra. En toda la exposición bíblica de esta materia, no se toma en consideración aquel acusador ni su acusación. No puede negarse que sea el principal acusador de los hombres, pero el apóstol Pablo no hace la mención de este hecho, en todo lo que respecto a la justificación escribió a los romanos y a los gálatas.

3. Mucho más fácil es, además, el suponer que la justificación significa quedar libre de la acusación que la ley presenta en contra de nosotros, que probarlo claramente con el testimonio de las Sagradas Escrituras; especialmente si esta manera de expresarse, tan forzada y poco natural, no quiere decir poco más o menos esto: que si bien hemos quebrantado la ley de Dios y merecido por lo tanto la condenación del infierno, Dios no aplica el merecido castigo a los que están justificados.

4. Mucho menos que esto, significa la justificación que Dios se engaña en aquellos a quienes justifica; que los cree ser lo que en realidad de verdad no lo son; que considera diferentes de los que son. No significa que se formó respecto de nosotros un juicio contrario a la verdadera naturaleza de las cosas; que no nos cree mejores de lo que realmente somos, creyéndonos justos, siendo nosotros injustos. Ciertamente que no. El juicio del omnisciente es siempre conforme a la verdad. No puede en su infalible sabiduría pensar que soy inocente, justo o santo, simplemente porque otro hombre lo sea. No puede de esta manera confundirse más con Cristo que con David o Abraham. A quien Dios haya dado inteligencia, que pese estas cosas sin prejuicio y no dejará de persuadirse que tal doctrina de la justificación es contraria a las Sagradas Escrituras y la razón.

5. La enseñanza simple y clara de las Sagradas Escrituras respecto a la justificación, es el perdón, la remisión de los pecados. Es este acto de Dios el Padre quien por medio de la propiciación hecha por la sangre de su Hijo, manifestó su justicia, “atento a haber pasado por alto los pecados pasados”. Esta es la sencilla relación que Pablo da de la justificación en toda la epístola, y de esta manera la explica él mismo con más particularidad en éste y en el capítulo siguiente. Uno de los versos que sigue al texto dice: Bienaventurados aquellos cuyas iniquidades son perdonadas, y cuyos pecados son cubiertos. Bienaventurado el varón al cual el Señor no imputó pecado”. Al que esté justificado o perdonado, Dios no le imputará pecado para condenación. No le condenará con tal motivo ni en este mundo ni en el venidero. Todos sus pecados pasados de palabra, obra y pensamiento están borrados y no serán traídos a la memoria, ni mencionados; son como si jamás hubieran sido. Dios no aplicará al pecador el castigo que merece, porque su amado Hijo ha sufrido por él; y desde el momento en que se nos acepta por medio del Amado, y quedamos “reconciliados por su sangre”, nos ama, nos bendice, cuida y guía como si jamás hubiéramos pecado.

En verdad el Apóstol en un lugar parece dilatar mucho más el sentido de la palabra cuando dice: “Porque no los oidores de la ley son justos... mas los hacedores de la ley serán justificados”, donde parece que se refiere a la sentencia de justificación que en el gran día del juicio habremos de recibir. Lo mismo dice nuestro Señor Jesucristo: Porque por tus palabras serás justificado, y por tus palabras serás condenado”, probando con esto

que “toda palabra ociosa que hablen los hombres, de ella darán cuenta en el día del juicio”. Difícilmente encontraríamos otro ejemplo de este uso de la palabra en los escritos de Pablo. Ciertamente que con este sentido no la usa en el tenor general de sus epístolas y mucho menos en sus palabras que hemos tomado por texto y donde evidentemente habla no de aquellos que han concluido la carrera, sino de los que cabalmente están para emprenderla, que van a correr con paciencia la carrera que les he propuesta.

III

1. Mas este es el tercer punto que hemos de considerar, a saber: ¿Quiénes son los que están justificados? Y el Apóstol nos contesta claramente: “los injustos”. Dios justifica al impío, a los impíos de todas las clases y grados y sólo a los impíos, pues los justos no tienen necesidad de arrepentimiento, y por consiguiente no han de menester perdón. Solamente los pecadores necesitan ser perdonados; el pecado es el único que ha de menester remisión. El perdón, por consiguiente, encuentra su único objeto en el pecado. Nuestra iniquidad es el objeto del perdón misericordioso de Dios; de nuestras iniquidades no se vuelve a acordar.

2. Parecen por completo olvidar esto quienes pretenden enseñar que el hombre debe estar santificado antes ser justificado; especialmente los que dicen que debe existir primero una santidad universal u obediencia, y venir luego la justificación (a no ser que se refieran a la justificación del día postrero, lo que nada tiene que ver con el asunto). Tan lejos de la verdad está semejante proposición, que no sólo es imposible, porque donde no hay el amor de Dios no puede existir la santidad (y no hay amor de Dios fuera del que resulta de la consciencia de su amor para con nosotros), sino que es un absurdo, una contradicción. No es al santo al que le perdona, sino al pecador como tal. Dios justifica a los impíos, no a los justos; no a los que ya están santificados, sino a los que necesitan santificación. Bajo qué condiciones lleva a cabo esta justificación, muy pronto pasaremos a considerar; pero es evidente que la base de dicha justificación no es santidad. El hacer semejante aserción equivaldría a decir: El Cordero de Dios quita sólo los pecados que ya estaban borrados.

3. ¿Busca el buen pastor tan sólo a los que ya se encuentran en el aprisco? No. Viene a buscar y a salvar a las ovejas perdidas; perdona a los que necesitan de su misericordioso perdón. Salva del castigo y al mismo tiempo del poder del pecado a los pecadores de todos grados y clases; hombres que hasta este momento era impíos por completo; en quienes no existía el amor del Padre y en quienes, por consiguiente, nada bueno existía, ninguna disposición buena o cristiana, sino por el contrario, todo lo que era malo y abominable: soberbia, ira, amor al mundo, los frutos naturales de

la mente carnal que es enemistad con Dios.

4. Aquellos que sufren, a quienes el peso de sus pecados abrumba y es intolerable, son los que tienen necesidad de médico; los que son culpables y gimen bajo el peso de la cólera de Dios, son los que necesitan perdón. Los que ya están condenados no sólo por Dios, sino aun por sus propias conciencias, como si fuera por un millar de testigos, de su iniquidad y transgresiones de pensamiento, palabra y obra, son los que claman y ruegan al que “justifica al impío”, por medio de la redención que es en Cristo Jesús; los impíos, aquellos que no obran lo bueno, que hacen nada recto, santo o virtuoso, antes de ser justificados, sino que continuamente obran la iniquidad. Sus corazones son por necesidad, perversos, hasta que el amor de Dios se derrame en ellos, pues mientras el árbol este corrompido, el fruto también lo estará; porque el árbol maleado lleva malos frutos.

5. Mas alguno dirá: “Un hombre antes de ser justificado, puede dar de beber al sediento, vestir al desnudo, y estas son buenas obras”. Ciertamente, puede hacer todo esto aun antes de ser justificado. Estas cosas son en cierto sentido buenas obras; son buenas y provechosas para los hombres; pero no se sigue de esto que tenga alguna bondad intrínseca o que sean meritorias para con Dios. Todas las obras buenas, usando el lenguaje de nuestra iglesia, siguen después de la justificación y son, por consiguiente, buenas y aceptables a Dios en Cristo, porque son el fruto de una nueva fe viva y verdadera. Por una razón semejante, las obras hechas antes de la justificación no son buenas en el sentido cristiano, pues que no son el resultado de la fe en Jesucristo (aunque resulten de cierto grado de fe en Dios), sino que son hechas no conforme a la voluntad de Dios como Él manda, y tienen la naturaleza del pecado, por más extraño que esto parezca a algunos.

6. Puede ser que los que dudan de esto no hayan considerado en todo su peso la razón que aquí se aduce, y por la que no deben considerarse como buenas las obras hechas antes de la justificación. El argumento es el siguiente. Ninguna obra es buena, a no ser que se haga conforme a lo que Dios ha ordenado y mandado. Ninguna obra hecha antes de la justificación es conforme a lo que Dios ha ordenado y mandado. Luego: Ninguna obra hecha antes de la justificación es buena.

La primera proposición es axiomática, y la segunda –que ninguna obra hecha antes de la justificación es conforme a lo que Dios ha ordenado y mandado –aparecerá clara y evidente, si tomamos en consideración el mandato de Dios de hacer todas las cosas en amor, en caridad; en ese amor a Dios que produce amor a todos los hombres. Pero ninguna de estas nuestras obras es hecha en amor mientras el amor del Padre (de Dios nuestro Padre) no exista en nosotros, y este amor no estará en nosotros

mientras no recibamos “el espíritu de adopción, por el cual clamamos Abba, Padre”. Por consiguiente, si Dios no justifica a los injustos y a los que en este sentido no hacen obras buenas, a pesar de su muerte, ninguna carne viviente será justificada.

IV

1. Más, ¿bajo qué condiciones son justificados los injustos y aquellos que no hacen buenas obras? Bajo una sola y es: la fe”. El que cree en aquel que justifica al impío. “El que en él cree, nos es condenado”, mas ha pasado de muerte a vida”. La justicia (o misericordia) de Dios, por la fe de Jesucristo, para todos los que creen en él...al cual Dios ha propuesto en propiciación por la fe en su sangre, para manifestación de su justicia”, y (consecuente con su justicia), Él justifica al que es “de la fe en Jesús”. Así que, concluimos ser el hombre justificado por la fe sin las obras de la ley”, sin previa obediencia a la ley moral, que ciertamente no podía obedecer antes de ahora. Es evidente que se refiere esto a la ley moral solamente, si juzgamos por las palabras que siguen: “¿Luego deshacemos la ley por la fe? En ninguna manera, antes establecemos la ley”. ¿Qué ley establecemos por la fe? ¿La ley del ritual? No. ¿La ley de las ceremonias de Moisés? Tampoco. ¿Cuál pues? La gran ley invariable del amor, del amor santo a Dios y a nuestro prójimo.

2. La fe en abstracto es una “evidencia” o “persuasión” de las “cosas que no se ven”, que los sentidos de nuestro cuerpo no pueden descubrir como perteneciente a los pasado, a lo futuro o a lo espiritual. La fe justificado significa no sólo la evidencia y persuasión de que Dios “estaba en Cristo reconciliando al mundo a sí”, sino una confianza y seguridad de que Cristo murió por mis pecados, de que me amó, y se dio a sí mismo por mí. Cualquiera que sea la edad del pecador creyente, ya en la infancia o en la noche de la vida, cuando cree, Dios lo justifica; Dios por amor de su Hijo lo perdona y la absuelve, aunque hasta entonces no haya nada en él nada bueno. Ciertamente Dios le había dado arrepentimiento, mas esto no era sino una persuasión íntima de la falta de todo bien, y la presencia de todo mal. Y cualquiera cosa buena que en él se encuentre desde el momento en que cree, no es intrínseca, sino el resultado, el fruto de su fe. Primeramente el árbol debe ser bueno y luego el fruto también será bueno.

3. No puedo describir esta fe mejor que en el lenguaje de nuestra iglesia”. El único medio de salvación (de la cual la justificación es una parte) es la fe; es decir: la seguridad y certeza de que Dios nos ha perdonado y perdonara nuestros pecados, que nos ha devuelto su gracia, por los méritos de la pasión y muerte de Jesucristo. A este punto debemos estar seguros de no vacilar en nuestra fe en Dios. Al acercarse Pedro al Señor sobre el agua, vaciló y estuvo en peligro de ahogarse. De la misma

manera, si vacilamos o empezamos a dudar, debemos con razón temer hundirnos como Pedro, mas no en el agua, sino en las profundidades del infierno” (Segundo mensaje sobre la Pasión).

“Ten, por consiguiente, una fe segura y constante no sólo en la muerte de Cristo que es aplicable a todo el mundo, sino en el hecho de ofreció un sacrificio completo y suficiente por ti, un perfecto lavamiento de tus pecados de manera que puedes decir con el Apóstol, que te amó y se dio a sí mismo por ti. Esto es hacer que Cristo sea tu salvador, apropiarte sus méritos”. (Sermón sobre el Sacramento, primera parte).

4. Al afirmar que esta fe es la condición de la justificación, quiere decir que sin ella, no existe esta última. “El que no cree ya es condenado”, y mientras no cree, permanece en su condición y “la ira de Dios está sobre él”. No hay otro nombre debajo del cielo; “sino el del Señor Jesús, ni otros méritos además de los suyos, por medio de los cuales el hombre se pueda salvar. Por consiguiente, el único medio de tener parte en esto méritos, es la fe en su nombre. Así es que mientras estamos sin esta fe, “somos extranjeros a los pactos de la promesa”, estamos “alejados de la república de Israel y sin Dios en el mundo”. Cualesquiera virtudes, así llamadas, que el hombre posea, de nada le valen, hablo de aquellos a quienes se ha predicado el evangelio, porque ¿qué derecho tengo de juzgar a los que no han recibido el mensaje del cristianismo? Cualesquiera obras buenas, así llamada, que haga de nada sirven –aun es hijo de la ira, permanece bajo la maldición, hasta que crea en Jesús.

5. Es la fe por consiguiente, la condición necesaria de la justificación, y la única condición necesaria. Este es el segundo punto que debemos examinar con cuidado. Desde el instante que Dios da esta fe (porque es un don de Dios), al injusto que no hace buenas obras, este fe le es imputada por justicia. Antes de este momento no tenía el creyente ninguna justicia, ni siquiera la justicia pasiva que es la inocencia. Mas “la fe le es imputada por justicia” desde el momento en el cual cree. Dios no cree que el creyente sea algo diferente de su ser esencial, sino que a Cristo, “que no conoció pecado, hizo pecado por nosotros;” es decir, lo trató como un pecador castigándolo por nuestros pecados. De la misma manera, nos reconoce como justos desde el momento en que creemos en Él, es decir, no nos castiga por nuestros pecados, sino que trata como si fuésemos inocentes y estuviésemos libres de toda culpa.

6. Indudablemente que la dificultad en no aceptar esta proposición de que la es la única condición de la justificación, depende de que no la entiendan bien. Queremos decir que es la única condición sine que non, sin la cual no hay salvación; que es el único requisito, indispensable, absolutamente esencial para obtener el perdón. Así como por una parte, aunque el

hombre tenga todos los demás requisitos, si no tiene fe no puede ser justificado, de la misma manera, y por otra parte, aunque le falten las demás condiciones, si tiene fe, está justificado. Supongamos que un pecador de cualquier grado o condición, sumergido en la más completa iniquidad—que ha perdido por completo la habilidad de pensar, hablar y obrar bien, y cuya naturaleza depravada lo hace digno del fuego del infierno—al sentirse sin ayuda ni amparo, se acoge por completo a la misericordia de Dios en Cristo, lo que no puede hacer sino impulsado por la gracia de Dios, ¿Quién puede asegurar que ese pecador no queda perdonado en el mismo instante? ¿Qué otra cosa, además de su fe, necesita para quedar justificado?

Si desde el principio del mundo se ha dado semejante caso, y deberse dado millares de millares, claramente se deduce que la fe, en el sentido que le hemos dado, es la única condición de la justificación.

7. No atañe a las pobres criaturas pecaminosas que diariamente recibimos tantas bendiciones—desde el agua que satisface nuestra sed hasta la gloria inaudita de la eternidad— bendiciones que son las expresiones de la gracia—gratuitas y no el pago de alguna deuda—pedir a Dios las razones que tiene para obrar así. No tenemos derecho de preguntar al que no da cuentas de sus caminos; de decirle: “¿Por qué hiciste que la fe fuese la única condición de la justificación? ¿Por qué no decretaste: el que cree, y solamente el que cree, será salvo? “Este es el punto que Pablo hace tan enfático en el capítulo noveno de esta epístola; es decir; que las condiciones del perdón y la aceptación debe dictarla quien nos llama, y no nosotros. Dios no hace ninguna injusticia al fijar sus condiciones conforme a su santa voluntad y no a la nuestra. Él puede decir: “Tendré misericordia del que tendrá misericordia”, a saber: de aquel que creyere en Jesús”. Así es que no es del que quiere, ni del que corre “el escoger la condición con la cual será aceptado, sino de Dios que tiene misericordia”, que no acepta sino la de su amor infinito y su bondad sin límites. Por consiguiente, tiene misericordia del que tiene misericordia, y al que quiere, es decir, al que no cree, “endurece”, lo abandona a la dureza de su corazón.

8. Podemos, sin embargo, concebir una razón humildemente, por lo que Dios ha fijado ésta como la única condición de la justificación: “Si crees en el Señor Jesucristo, serás salvo”, que es el designio de Dios de evitar que el hombre fuese otra vez tentado por la soberbia. La soberbia había destruido a los mismos ángeles de Dios; había destronado “la tercera parte de las estrellas del cielo”. En gran parte debido a esta soberbia que el tentador despertó al decir: “Seréis como dioses”, Adán cayó e introdujo el pecado y la muerte en el mundo. Fue un ejemplo de la sabiduría, digna de Dios, el imponer tal condición de reconciliación para él y su posteridad, para que quedásemos humillados y abatidos en el polvo de la tierra. Tal es la fe. Está especialmente adaptada a este fin; porque el que se acerca

a Dios por medio de esta fe debe fijarse en su propia iniquidad, sus culpas y miserias, sin acariciar la menor idea de que exista en él algo de bueno, de virtud o de justicia. Debe acercarse como pecador que es interior y exteriormente, que ha consumado su propia destrucción y condenación, que no tiene nada que presentar ante Dios sino iniquidad, ni otra cosa que alegar fuera de su pecado y miseria. Solamente así, cuando enmudece y se reconoce culpable ante la presencia de Dios, es cuando puede mirar a Jesús como la única y perfecta propiciación por sus pecados. Sólo de esta manera puede ser hallado en él, y recibir “la justicia que es de Dios por la fe”.

9. Y tú, inicuo, que escucha o lees estas palabras, vil, desgraciado, miserable pecador, te amonesto ante la presencia de Dios, el Juez de todos los hombres, a que con todas tus iniquidades te acojas al Él inmediatamente. Cuidado, no sea que destruyas para siempre tu alma al querer alegar tu justicia poco más o menos. Preséntate como pecador perdido, culpable y merecedor que eres del infierno, y entonces hallarás favor en su presencia y sabrás que justifica al impío. Tal como ahora eres, serás llevado a la sangre del esparcimiento, como un desgraciado, pecador, miserable y condenado. Entonces mira a Jesús. Allí está el Cordero de Dios que quita los pecados de tu alma. No alegues obras ni bondad, humildad, contrición ni sinceridad. El hacer tal cosa sería negar al Señor que te ha comprado con su sangre. Alega solamente la sangre del Pacto, el precio que ha sido pagado por tu alma orgullosa, soberbia y tan llena de pecado. ¿Quién eres tú que ahora mismo conoces tu injusticia interior y exteriormente? Tú eres el hombre de quien se trata. Te amonesto a que, por medio de la fe, te conviertas en hijo de Dios. El Señor te necesita. Tú, que sientes en tu corazón que no mereces otra cosa, sino ir al infierno, eres digno de proclamar sus glorias, la gloria de su gracia gratuita que justifica al impío y a aquel que no obra bien. ¡Oh, ven pronto! Cree en el Señor Jesucristo y tú, tú mismo, te reconciliarás con Dios.

Aplicación

1. Busque en diversos sitios de la internet los temas “pensamiento bíblico acerca de Jesús y la fe cristiana”.
2. Escriba una reflexión sobre las siguientes preguntas. Prepárese para discutir las con su instructor.
 - ¿Cuál es la respuesta del Nuevo Testamento a la idea de que hay muchos caminos para llegar a Dios?
 - ¿Será inevitable que se considere el evangelio cristiano como opresivo por parte de una cultura pluralista? ¿Se puede hacer algo al respecto mientras que seguimos siendo fieles al evangelio?
 - Discuta la lectura del sermón de Juan Wesley: “Justificación por la

fe". ¿Qué fue lo nuevo o útil? ¿Qué no quedó claro?

EXAMEN – Sesión 5

1. Este módulo procede desde la asunción de que el Nuevo Testamento debe ser nuestra norma para hablar en términos cristianos.
A. Cierto
B. Falso

2. El Nuevo Testamento es ambiguo respecto a la centralidad de la persona y obra de Jesús.
A. Cierto
B. Falso

3. El evangelio de Jesucristo no solo revela la provisión de Dios para nosotros, sino que también nos muestra cómo es Dios.
A. Cierto
B. Falso

4. Nuestra predicación y enseñanza en el contexto posmoderno no pueden responder ya más al evangelio del Nuevo Testamento.
A. Cierto
B. Falso

5. La declaración del mensaje de la fe cristiana en una audiencia posmoderna puede ser considerada como opresiva.
A. Cierto
B. Falso

6. De acuerdo con Juan Wesley, es un error basar la doctrina de la justificación en el sacrificio de Jesús por el pecado.
A. Cierto
B. Falso

7. De acuerdo con Juan Wesley, la simple y sencilla idea bíblica de la justificación es perdón, indulto.
A. Cierto
B. Falso

Notas

Guía de Discusión para el Instructor y el Participante

Prepárese para discutir lo siguiente con su instructor.

1. Repase las preguntas y respuestas de examen. Discuta cualquier duda o pregunta que haya surgido.
2. ¿Cuál es la respuesta del Nuevo Testamento a la idea de que hay muchos caminos hacia Dios?
3. ¿Será inevitable que se considere el evangelio cristiano como opresivo por parte de una cultura pluralista? ¿Se puede hacer algo al respecto mientras que seguimos siendo fieles al evangelio?
4. Discuta la lectura del sermón de Juan Wesley: "Justificación por la fe". ¿Qué fue lo nuevo o útil? ¿Qué no quedó claro?

Notas